



Retiro de los Apóstoles en el valle Josafát.

Recuerdos de la armada invencible.

(Continuacion.)

El D. Diego Enriquez murió allí la mas triste muerte que en el mundo se ha visto, porque con temor de la grandísima marea que había, que pasaba por cima de los naos tomó la barca de la soya, que tenía cubierta, y él con el hijo del conde de Villafranca, y otros dos caballeros portugueses con mas de 1.600 ducados en joyas y escudos, se metieron debajo de la cubierta de la dicha barca, y mandaron cerrar y calafetar el escotillon por donde entraron, y luego se arrojaron de la nao en la barca mas de diez hombres que habian quedado vivos, y queriéndola encaminar hácia tierra vino sobre ella una tan gran marea que se hundió y arrebató la gente que sobre ella iba, y luego se anduvo volteando con las mareas de acá para allá, hasta que vino á tierra donde se sentó lo de arriba hácia abajo, y en éstos lances los caballeros que se habian metido debajo de la cubiertilla murieron dentro, y despues de estar en tierra pasado dia y medio llegaron á ella unos salvajes, y la volvieron para quitarla algunos clavos ó hierros, y rompiendo la cubierta sacaron los muertos, y D. Diego Enriquez entre sus manos acabó de espirar, y los desnudaron y quitaron las joyas y dineros que tenían, echando los cuerpos por allí sin enterrarlos, y porque es caso de admiracion este, lo he querido contar á V. E. para que se

sepa de la suerte que murió este caballero, y porque no será razon dejar de contar mi buen suceso, y cómo vine en tierra, digo que me puse en el alto de la popa de mi nave despues de haberme encomendado á Dios y á nuestra Señora, y desde allí me puse á mirar tan grande espectáculo de tristeza, abagarse muchos dentro en los naos, otros echarse en el agua é irse al fondo sin tornar arriba, otros sobre balsas y barriles, y caballeros sobre maderos; otros daban grandes voces llamando á Dios. Echaban á la mar los capitanes sus cadenas, joyas y escudos; á otros arrebataban las mareas, y de dentro de las naos los llevaban; y cómo yo estaba bien mirando estos trabajos, no sabia qué hacerme ni qué medio tomar, y las mareas y tormentas eran muy grandes; y por otra parte veia la tierra y marina llena de coemigos que andaban danzando y hablando de placer de nuestro mal, y que en saliendo alguno de los nuestros á tierra, venian á él 200 salvajes, y le quitaban lo que llevaba hasta dejarle en cueros vivos, y sin piedad ninguna los maltababan y herian; todo lo cual se veia muy bien desde los rotos navios, y no me parecia á mí nada bien lo que pasaba en una parte y otra. Llegueme al auditor, Dios le perdone, que estaba harto lloroso y triste, y díjele que queria hacer que pudiese remedio en su vida antes que la nao se acabase de hacer pedazos, que no podia durar medio cuarto de hora, como no duró. Ya se habia ahogado y muerto la mas de la gente de ella y todos los capitanes y oficiales, cuando yo me determiné á buscar remedio para mi vida, y fué ponerme en un pedazo

de la nao que se había quebrado, y el auditor me siguió cargado de escudos que llevaba cosidos en el jubon y calzones. Pero no había remedio de quererse despegar el pedazo de la nao porque estaba asido con unas gruesas cadenas de hierro, y la mar y maderos que andaban sueltos batian en él, y nos hacian mal de muerte. Procuré buscar otro remedio, que fue buscar un escotillon tan grande como una buena mesa, que acaso la majestad de Dios me traia allí a la mano, y cuando me quise poner sobre él me hundí seis estados debajo del agua, y bebi tanta, que casi me vi ahogado, y cuando torné arriba llamé al auditor y le procuré poner en el tablon conmigo, y yéndose apartando de la nao sobrevino una tan grandisima mara, y batió sobre nosotros de suerte que no pudo tenerse el auditor y le llevó esta mara tras sí y le ahogó; daba voces ahogándose llamando á Dios, pero yo no le pude socorrer, porque como la tabla se halló sin peso en el un lado empuzó á voltear conmigo, y en este instante un madero medio me quebró las dos piernas, y yo con gran ánimo me puse bien sobre mi tabla, y llamando á nuestra Señora de Omtánar vinieron cuatro mareas una tras otra; y sin saber cómo me trujeron á tierra, donde salí y no me podia tener todo lleno de sangre y muy maltratada. Los enemigos y salvajes que estaban en tierra despidiendo á los que podian salir nadando, no me tocaron ni llegaron á mí por verme, como he dicho, las piernas, manos y rostro lleno de sangre, y toda la ropa hecha pedazos, que se había hecho en los clavos que tratan los maderos que andaban chocándose con el mio, y tal hubo que se fue con un pedazo de carne. Parecíame bien apartarme de la vista de aquellos salvajes, y así me fui poco á poco arastrando por el suelo, y de cuando en cuando topaba muchos españoles en cueros sin ningun género de ropa sobre sí, tirando de frío que le hacia cruel, y en esto me anocheció y me fue forzoso cobarme sobre unos juncos con harta dolor que conmigo tenía; y luego se allegó á mí un caballero, muy gentil mozo, en cueros, y venia tan espantado que no podia hablar ni aun decirme quien era, y á este tiempo que serian las nueve de la noche, ya el viento era calma y la mar se iba sosegando; ya estaba á la sazón hecho una sopa de agua muriendo de calor y de hambre, cuando vienen dos salvajes; el uno armado y el otro con una gran acha de hierro en las manos, y llegaron á mí y al otro que conmigo estaba, que callábamos como si no hubiéramos mal ninguno, y ellos se dolieron de vernos, y sin habernos palabra contaron muchos juncos y heno, y nos cubrieron muy bien, y luego se fueron á la marina á descorchar y romper arcas y lo que hallaban, á lo cual acudieron mas de 2,000 salvajes é ingleses que habia en algunos presidios por allí cerca. Queriendo reposar un poco me dormí, y al mejor sueño como á la una de la noche despertome un gran ruido de gente de á caballo, que serian mas de 200 que iban al saco y destrozó de las naos; yo volví á llamar á mi compañero por ver si dormia, y halléle muerto, que me dió harta pesadumbre y lástima; supe despues que era hombre principal; allí se quedó el campo con mas de 600 cuerpos que echó la mar fuera, y se los comian cuervos y lobos sin que hubiese quien diese sepultura á ninguno, ni aun al pobre D. Diego Enríquez. Y venido el día empecé á arastrarme poco á poco derecho á un como monasterio que distinguí no muy distante para repararme en él como pudiese, al cual llegué con harta tribulación y pena, y le hallé despoblado, y la iglesia y santos quemados y todo destruido, y doce españoles ahorcados dentro de la iglesia por mano de los luteranos ingleses que en nuestra busca andaban para nos acabar á todos, los que nos habíamos escapado de la fortuna de la mar, y todos los frailes huidos á los montes con temor de los enemigos que tambien los sacrificaran si los cogieran, como lo acostumbraban hacer, no dejándoles templo ni ermita en pié, porque todas las han derribado y hecho abrevadero de vacas y puercos; y porque V. E. se ocupa un poco despues de comer en leer esta carta la escribo tan larga para que V. E. vea en los lances y trabajos que me he visto. Como no hallase, pues, persona en el dicho monasterio mas que los dichos españoles ahorcados dentro de las rejas de la iglesia, soliné muy presto fuera y metime por un camino que habia un gran bosque y probé á ponerme en pié, apoyando todo el cuerpo en un palo que por fortuna hallé á mano, y andando por allí cerca de media milla cayendo y levantando, topé una muger de mas de 80 años, que llevaba á esconder en aquel bosque unas va-

cas porque no se las robasen los ingleses, y como me vió, parose y reparome, y díjome: «tú, España: díjeme por señas que sí, y que me había perdido en las naos; empecé á dolerse mucho y á llorar, haciéndome señas que estaba cerca su casa, y que no fuese allí porque habia en él muchos enemigos, y que habian degollado muchos españoles. Todo esto era tribulación y trabajo para mí, porque me vela solo, hambriento y derramando sangre por todas partes, que las heridas las llevaba abiertas, y magulladas las piernas y brazos. Con el aviso de la vieja resolví tornarme á la marina, donde estaban los despojos de nuestras naos, pero viendo muchas cuadrillas de salvajes no usaba descubrimiento ni llegar á ellos, cuando veo venir dos pobres soldados españoles desnudos en carnes, y contáronme las crueldades y castigos que habian hecho los ingleses á mas de 200 españoles. Con estas nuevas no faltaba tribulación, pero Dios me daba esfuerzo, y despues de haberme encomendado á él y á su santísima Madre, dije á aquellos dos soldados, que el uno era de Cuenca y se llamaba Alonso Ramos, y el otro era de Guadalajara Juan Martínez: vamos allí á las naos donde los salvajes andan robando, quizá hallaremos algo que comémos beber, que cierto me parecia de hambre; y yendo hacia allá empezamos á ver cuerpos muertos, que era gran dolor y compasión ver los que iba echando la mar fuera y estaban por aquella arena tendidos mas de 400; entre los cuales conocimos á algunos y al pobre de D. Diego Enríquez, al cual con toda mi tristeza no quise pasar sin enterrarle en un hoyo que hicimos á la orilla del agua en la arena, y allí le metimos con otro capitan muy honrado, grande mi amigo, y no se hubieron bien enterrado cuando vinieron 200 salvajes á nosotros á ver lo que hacíamos: dijíntoles por señas que metíamos allí aquellos hombres que eran nuestros hermanos porque no se los comiesen los cuervos, y luego nos apartamos y buscamos qué comer por la marina del vizcocho que la mar echaba fuera, cuando se llegaron á mí cuatro salvajes á quitarme lo que tenía acuestas vestido, y doliose otro y los apartó viendo que me empezaban á tratar mal, y debía de ser principal porque le respetaban. Este por la gracia de Dios me hizo espaldas á mí y á los otros dos compañeros, y nos apartó de allí y nos buen rató en nuestra compañía.

(Continuará.)

Poesías españolas del siglo XIII.

Al nombre del rey don Alfonso X de Castilla, va siempre unido por nuestros cronistas el glorioso dictado de *Sabio*, con el que no por adulacion y sí por merecimiento le distinguieron sus vasallos. En efecto, los especiales conocimientos que le adornaban, en la historia, en la astronomía y en la filosofía, de que nos restan numerosas pruebas como las *tablas Alfonsinas*, la *Crónica general de España*, y el célebre código de *las partidas*, ponen fuera de duda la erudición del monarca castellano que corria parejos con su esforzado valor en los combates. También era trovador don Alfonso y una muestra de sus poesías es el romance que á continuación insertamos, cuyo asunto está tomado de la vida de su padre el rey san Fernando. Habiendo nacido este renombrado príncipe el 31 de mayo de 1199 en un monte despoblado entre Zamora y Salamanca, donde se fundó despues el monasterio Cisterciense de *Valparaíso* (1) fué enviado por sus padres á Galicia (2) cuyo clima saludable era á propósito para la crianza robusta de los niños. De Galicia fué trasladado san Fernando en sus primeros años á

(1) El sitio donde vio la luz primera San Fernando, es el mismo donde se colocó el altar mayor del referido monasterio que fué arruinado en la guerra de la independencia. Por haber San Fernando nacido en un monte, algunos historiadores le llaman *Monteaino*.

(2) Se cree que el lugar en que pasó San Fernando sus primeros años en Galicia, fué un antiguo palacio en que residiera el rey goda Witiza, muy cerca de la ciudad de Tuy, en una aldea que conserva el nombre de *Pazos de Reis* (Palacios de Reyes) y en la que se descubren aun los vestigios ó ruinas del mencionado edificio.

Burgos, donde residian á la sazón sus abuelos los reyes de Castilla (1) y allí, efecto de la mudanza del clima y de otras causas, sufrió una gravísima dolencia tal que casi se le contaba por muerto, pues los gusanos germinaban en su cuerpo. En tal conflicto la noble Berenguela, tan cariñosa madre como digna reina, fué con el tierno infante en romería al monasterio de Oña, para rogar á la virgen por su restablecimiento que en efecto alcanzó.

ESTA É COMO SANTA MARIA GUARECEN EN ONNA EL REY DON FERRANDO, QUANDO ERA MENNINO, DI UNA GRAND ENFERMEDADE QUE AVIA.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria
Ca en as muy grandes coitas
Ela os acorre guia.*

Na muito á amar deben,
Porque Deus nossa figura
Pillou de la, é pres carne
Ar porque de sa natura
Veno, é porque iusticia
Tenen del é dereitura,
É Rey nome de Deus este,
Ca el reyna todavía.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

É por ende un grand miragre
Direi que aveno, quando
Era mozo peguenino
Ó muy bon Rey Don Ferrando,
Que siempre Deus é sá madre
Amou, é foi de seu bando,
Porque conquerou de Mouros
Ó mais da Andalucia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar á S. Maria, etc. etc.*

Este Menin en Castela
Con Rey Don Alfonso era
Sen avoo, que do Reyno
De Galiza, ó Fez era
Venir, é que ó amaba
A, gran maravilla fera
E ar era y sa madre
A que muy ende prania.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

Esa Avoa y era
Filla del Rey d'Ingraterra,
Moller del Rey Don Alfonso
Porque el passou á Serra,
É foi á entrar en Gascona
Por la ganar por guerra
É om'en d'á mayor parte
Ca todo ben merecia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

É pois tornous á Castela
De si en Burgos moraba,
É un Hospital fecia
El, é sa moller labraba,
Ó Monasterio das Olgas,
É en quant assí estaba
Dos seus fillos, é dos netos
Muy gran prazer recebia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

Mais Deus non quer que ó ome
Este sempr' en un estado,
Quís que Don Ferrando fósse
Ó seu neto tan cuitado
D'una grand enfermidade,
Que foi del desesperado
El Rey: mas entou sa madre
Tornou tal come sandia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

É oyú falar de Onna

U avia gran vertude
Dis ela levalo quero
A lo, assi Deus m'ayude,
Ca ben creo que á Virgen,
Le dé vida é saude:
É quando aquest ouve dito
De seu padre s'espedia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

Quantos la ir assi viren
Grand piedad' ende avian
É muy mas polo mennino
A que todos ben querian
E ian con ela gientes
Chorando muit é changian
Ben como se fosse morto,
Ca á tal door avian.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

Ca dormir nunca podia,
Nen conia nen migalla,
E vermes del salian
Muitos é grandes, sin falla
Cá á morte ya vencera
Sa vida sen batalla
Mais chegaron log á Onna,
E teveron sa vigia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

Ant' é altar mayor logo
E pois ant' ó da Reyna
Virgen Santa groriosa
Rogandolle que agyna
En tan grand' enfermidade
Possesse la meezina,
Se servizo do mennino
En algun tempo queria.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

A Virgen Santa Maria
Logo con sa piedade
Acorreu á ó mennino,
E de sa enfermidade
Lle deu saude comprida
E de dormir vuontade
E de pois que foi esperto
Logo de comer pedia.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

E ante de quinze dias
Foi esforzad' é guarido,
Tan ben que nunca mais fora,
Demais de ulle bon sentido,
E quando el Rey Don Alfonso
Ouv' este miragr' oido
Logo se foi de camynno
A Onna en romeria.

*Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.*

ligera escursión por algunas ciudades de la Suiza moderna.

(Conclusion.)

Se encuentra en estado de hacer una recepción magnífica, y contiene para los extranjeros todos, edificios y establecimientos dignos de ser mencionados: el Munster, entre otros, catedral gótica, que data de 1421, y en la cual se hallan erigidos seis cuadros de mármol en honor de los guerreros muertos por la patria. La academia, el museo, las colecciones, el hospital, la casa de huérfanos, la biblioteca de la ciudad no pueden ser pasadas en silencio: estos monumentos ponen en relieve la riqueza y la buena dirección de Berna.

Por lo demas, es de observar que el propio bienestar reina proporcionalmente en los cantones todos de la Suiza. En Zurich, se hallan poco mas ó menos los mismo edificios y las mismas instituciones. Esta ciudad encierra además,

(1) Don Alfonso VIII, llamado el Bueno ó el de las Navas, y su esposa doña Leonor de Inglaterra.

el sepulcro de un filósofo célebre, de Lavater, cuya patria es, el monumento alzado á Gessner, y los trabajos de Pestalozzi, á quien se gloria también esta ciudad de haber visto nacer. Los nombres de estos tres hombres célebres son otros tantos títulos de gloria para Zurich, y la recomiendan á la atención de los viajeros, de la propia suerte que los paseos, el lago surcado todas las noches por infinitas embarcaciones caprichosas y las cercanías en vistosos paisajes. Paseando por aquellas campiñas, es como se comprende mejor á Lavater, que escribió sus obras después de haber errado largo tiempo por lugares apartados y poco frecuentados por los compañeros de su infancia. Gessner hizo idilios muy insulsos para nosotros hoy día, y sin embargo ha adoptado Europa los sueños frescos y sencillos que salían de las colinas de la Helvecia, las poesías bucólicas que se exhalaban del fondo de este cantón suizo con una dulzura cuyo secreto se ha perdido en muchas composiciones modernas. El campo de Zurich, explica las obras de Gessner; pero si los lugares de este país son los mejores comentarios de los idilios, nada mejor para comprender el bienestar de que disfrutaban hoy las ciudades suizas, que recorrer la historia de esta raza, y seguir sus detalles tan característicos. «Al sonido de una enorme campana, dice el autor de la

» historia de Suiza, en el recinto de las murallas, se reunían los habitantes de Zurich en una esplanada, en la cual decidían de la paz y de la guerra, de los precios de las mercaderías, de los pesos y de las medidas.» y más adelante:

«Las costumbres eran sencillas, siendo tenida en honra la frugalidad. Cultivábase empero ya la literatura, el pensamiento se elevaba, discutíanse las doctrinas. Los trovadores alemanes cantaban el amor y la religión.» Este consejo de estado en una esplanada, esta dulzura de costumbres, la actividad de la administración, lo enérgico de las medidas, la independencia de Suiza, su posición natural que la era tan favorable, han permitido á los hombres distinguidos que han salido del seno de Zurich, de Berna, de Lausana, el asegurar á su patria la gloria y el poder. Hoy día no debe emprenderse un viaje por Suiza sin algún conocimiento histórico y literario del país. Por lo demás, los viajeros de los países todos, franquean á cada momento los umbrales de las posadas que se encuentran en aquellas deliciosas campiñas, exornadas con títulos no menos caprichosos: como por ejemplo, en el pintoresco valle de Zurich, las tres hosterías de la *Espada*, del *Cuervo*, y de la *Cigüeña*.



De los timbales.

El instrumento conocido con el nombre de timbales es importado de Alemania, donde se servían de ellos desde principios del siglo XVII. Habiendo caído algunos en poder de los soldados enemigos, al principio no se permitió su uso mas que á los regimientos que de ellos se habían apoderado. Mas tarde se otorgó el uso de los timbales á los cuerpos privilegiados. Nuestros regimientos de caballería los tuvieron por largo tiempo, y hace pocos años que aun se veían á la cabeza de los escuadrones. En la actualidad los timbales han

caído en desuso en la milicia, y no se ven mas que en las orquestas.

LO QUE SE PUEDE VER DESDE LA VENTANA INTERIOR DE UNA CASA DE MADRID.

Las habitaciones de la coronada villa, se parecen á los tapices. Tienen dos fachadas, que es como si dijéramos, *dos caras*. *El derecho* da á la calle; *el revés* al patio. Por delante representan el lujo y la opulencia con sus brillantes deslumbradoras personificaciones; por detrás se des-

cubre la urdimbre de la sociedad moderna con las caricaturas de lo pasado y las extravagancias de lo presente. La riqueza y la miseria viven como buenos inquilinos, á pesar de las miradas de reojo que se dirigen en el comun portal, pero cada una toma por su escalera y desde entonces las separa la distancia que marcan los placeres ó las privaciones. Coloquemos por un momento en un cuarto interior á un pretendiente malaventurado, y aprovechemos esa dudosa hora del anochecer en la que los misántropos y los amantes hacen gran acopio de dudas y suspiros, para observar como las abejas de los portales y las aceras llegan á la estrecha colmena del interior de una casa, con las alas quebradas y las patas rotas.

Entretanto que no vuelven á sus hogares algunas familias de la vecindad, presentaremos á nuestros lectores una copia desaliñada de la habitación que ocupa temporalmente este cesante que confía en todas las caídas de gabinete y programas de partido para mejorar de fortuna.—Un estrecho corredor alumbrado con permiso del tejado de la casa contigua, porque su declive sirve de término á un pequeño tragaluz, es á la vez sala de descanso á una pasiega criadora y cuarto de estudio al amo de la casa que se entretiene en hacer experimentos artísticos sobre la pintura al óleo... aplicada á puertas y ventanas. El alfauil que dirigió esta obra, colocó á la humanidad en un admirable justo medio de elevación y estension. Este corredor serviría de talla en un juicio de exenciones. La campanilla de la habitación cae perpendicularmente sobre la puerta del gabinete del pretendiente: terrible despertador á las seis de la mañana cuando llega el asturiano, y á la once de la noche cuando el cesante que anida en un chirivit de las boardillas pide que le enciendan su vela de á dos cuartos.

Pasemos adelante. El gabinete es un pequeño paralelogramo que empieza en una puerta angosta y termina con una ventana de elevado antepecho; la ventana es casi su pared exterior.

Un felpudo entorpece el paso en medio de sus ladrillos desiguales, y unas cortinas de indiana amarilla á trozos, cansada ya de ser encarnada, quiebran los rayos del sol que se refleja en el suelo como la luz de un cosmorama. Un espejo de viaje colgado de un crucifijo se distingue enfrente de la cama, de manera que nuestro pretendiente se vé obligado á hacer la barba en el mismo sitio donde el patron de la casa reza el rosario en las perdurables noches de invierno. La cama se compone de una mala tija que sufre con filosófica indiferencia el liviano peso de un colchon contemporáneo de los fusilamientos de Mural, y la rudez de esta prenda de familia es consolada con dos sábanas un tanto blancas que se conduelen de la escasez de aguas del Manzanares, y solo bajan de mes á mes á los lavaderos de la Virgen del Puerto. La sobrecama... no existe, pero hace sus honores un enorme barragan sin forro, perteneciente á cierto administrador de loterías. Así se explica la alarma producida en la vecindad por los gritos de nuestro pretendiente que dijo en una noche: *ladrones, ladrones!* al encontrar su pie aprisionado... en una manga del barragan y embutido en ella como una flauta en su funda.

Murmillos prolongados mezclados con pasos precipitados por la escalera interior se perciben en medio de la animada conversacion que sostienen algunos vecinos. Se acerca la hora de la observacion. Podiremos permiso á nuestro pretendiente para que nos deje colocar en la ventana interior nuestra cámara oscura, y veremos pasar por su cristal algunas fisonomías originales y extravagantes descubiertas por la incierta claridad de una noche de Estío.

El interior de esta casa se divide en tres pisos, sin contar con las boardillas, cuya entrada se encuentra al paso en uno de los ángulos del tejado. Estos pisos son otras tantas latitudes morales, donde encuentra el observador fenómenos sorprendentes que pueden enriquecer el numeroso catálogo de los productos domésticos.—Prestemos atención por algunas horas.—¿Qué algazara estrepitosa es esa que se levanta en medio del patio?—Son dos mugeres que gritan. La cuestion es de privilegio en un sitio donde no hay clases, la causa de este ruidoso incidente es un pozo de agua muerta; la victima es un botijo roto. Son dos mugeres celosas; la compañera del aguador ha sorprendido algunas veces á su marido en plática amorosa con la criada del relojero, y aprovecha esta ocasion

para reprender la falta de compostura de la Maritornes que *no ha esperado la vez*, respetando los deberes de la vecindad. Al poco tiempo cada cual asoma á su ventana: los unos se deciden por la aguadora, contándose entre estos la patrona de huéspedes que le debe algunas mensualidades, y los otros se interesan por la criada del relojero, echándose de ver entre los segundos á un estudiante para escribirano que está muy castigado á ciertas horas de la noche, hasta que asoma una luz en la habitacion del componedor de relojes. Los vecinos se aprovechan de esta circunstancia para echarse en cara sus resentimientos ó reconocer sus faltas: aquí se escucha una recriminacion entre la planchadora y el baratillero de libros; allí se percibe una enhorabuena entre el cesante y el cambiador de calderilla en la plaza del Carmen; acá se atraviesen miradas insinuantes entre un *colegial* de san Carlos y una viuda rejuvenecida; acullá se distinguen gestos provocativos entre algunos ciegos-músicos y dos Mariquitas de buen humor, que solo se dejan ver de la vecindad cuando se encienden los quinqués de las tiendas de la calle del Carmen y de la Carrera de san Gerónimo. Las ventanas son abandonadas por los curiosos con la misma prontitud con que fueron ocupadas: solo se distinguen algunas cabezas en el dintel interior de las ventanas observando al último que desea observar. Acontece con frecuencia que estas dos cabezas esperan la una por la otra para retirarse, y cansadas de no saber lo que aguardaban se ocultan con el mayor sigilo.

La noche está oscura: el vecino de semana acaba de encender el farol de la escalera, y un embozado la apaga á los pocos minutos llevando la culpa de esta travesura el chiquillo de la modista. Al mismo tiempo se abre un ventanillo que cae al corredor del cuarto principal, y colocándose el desconocido en el descanso de la escalera sostiene animada y misteriosa conversacion con un bulto que se distingue trabajosamente detras de una rejilla. El embozado es una existencia ambigua,—casado en la Habana y soltero en Madrid, español en Francia y francés en España, capitalista en la Bolsa y diplomático en la tribuna reservada del Congreso, el cual está perdidamente enamorado de la graciosa hija del valenciano. Comenzó por hartiarse de tomar horchata de chufas en el *puerto* de este cancherbero masculino para gratificar á su adorado tormento, y acabará por fastidiarse de tomar el relente en la puerta de su casa sin otra recompensa que besar una mano ó soltar algun cartucho de dulces. De pronto una voz chillona y descompuesta—la de la patrona de huéspedes—canta desde la ventana contigua á la habitacion del valenciano, esta letrilla:

Cuando vengas á verme
Ven por lo oscuro,
Porque crea mi madre
Quieres un burro.

A esta señal vuelven á asomarse algunos estudiantes y se multiplican las toses y los gestos. La planchadora dice sin que nadie le conteste:—Ya salen los murciélagos; las Mariquitas de buen humor sin que nadie se le pregunte, exclaman con ese acento *desgarrao* que dá á las palabras una expresion de cinico desenfado:—Buen tiempo tenemos... porque suben las arañas, y una vez aguardentosa—la de un ex-fondista—interrumpe á los demas, murmurando:—No hay duda; ese es la lechuzca que bebe todas las noches el aceite del farol de la escalera. La racion de la patrona de huéspedes fué una revelacion ingeniosa: una señal de alarma. Desde una noche en que el valenciano no la convidó á uno de sus frecuentes bailes, le declaró guerra ó muerte sin armisticio ni suu para su hija. La vecindad responde á este llamamiento, y no se habla en las ventanas de otra cosa sino de los amores de *la Desamparad* con *El otro*. El desconocido se vé obligado á poner piés en polvorosa y el bulto del ventanillo desaparece para salir al corredor alegre y vivaracha, descascarando una naranja y diciendo con acento irónico y malicioso:

Medio mundo se ríe
del otro medio,
y yo sola me río
del mundo entero.

Al poco rato llega su padre acompañado de algunos amigos convidados á una rueda de *Valdepeños*. Los ciegos le saludan de memoria desde el último piso y afirmando

cada cual su instrumento, se dirigen cogidos unos á otros, hacia el cuarto principal como los bormigas que atraviesan un camino de herradura. Cada escalera vale una *ad libitum* en el violín y un resoplido en la flauta: es su manera de anunciarse cuando van á un baile. Entre tanto se renuevan las luces en casa del valenciano y se abre la puerta de su habitación, reflejándose en la pared de enfrente la viva claridad de la sala. El valenciano dá la señal del baile con el *Punto de la Habana* que le enseñó por cifra en la guitarra un oficial de caballería, y el *San María* de los ciegos es el precursor de las primeras holeras que se bailarán sobre los tabullos del cuarto principal.

Un modesto y vergonzante campanillazo suena en la habitación de la modista, mujer que frisa en los cuarenta años, á pesar de gastar algunos ahorros en jabones para alisar la piel y específicos para dar lustre al pelo. La vecindad la llama doña Gertudris, pero su nombre es pronunciado con cierta expresión irónica; de suerte que se comprende que esta honrosa concesión es lo único que le ha quedado de su primer marido. Nos equivocamos: ademas del *Dna*, conserva un niño que de seguro no podrá sostener este título por mucho tiempo en el taller de pasamanería donde asiste en calidad de aprendiz. Para doña Gertudris sobran las quince horas del día: hasta el anochecer duerme, cosa á la que le hace la comida. A juzgar las apariencias le gusta peinarse á la luz del velon y cambiar á la caída de la tarde las savas almidonadas con que anda durante el día, con el vestido de chaconada para calle, que cuelga á media noche del claro de la toballa. Pocas veces se asoma á la ventana: por lo regular le gusta ver sin ser vista y observar sin que nadie la observe. Su hijo es el vagabundo de la vecindad: hoy hace recados á un estudiante; mañana come en casa del valenciano; al otro día duerme con los aguadores del patio. Los vecinos le tienen por un infeliz, pero la madre le llama á gritos, un perdido. Nada adquiere; no gana; es un aprendiz: hé aquí sus faltas. Solo hace una cosa á gusto de su madre: abrir la puerta de su habitación cuando llega... su padrino. Para la implacable rival de doña Gertudris, para la planchadora, no es un secreto esta visita: quien acaba de tirar de la campanilla es un ex-contador de provincia, hombre ya entrado en años que tiene capricho por la modista. Así, pues, cuando el casero la reprende por sus atrasos en las visitas mensuales, trayendo á cuento la exactitud de doña Gertudris, murmura entre dientes: ¡Ah! señor,.... acuéstate á buena sombra y tendrás buen sueño.

A medida que el baile del valenciano se anima con las vueltas del zapateado y las boleras á cuatro, y la modista acompaña con la guitarra el *Sevni* y la *Aldeana*, el relojero—hombre extraordinariamente obeso,—abre los balcones de su habitación, enciende un cigarro y se entretiene en desmigajar un pedazo de pan sobre las gallinas del patio. Hé aquí su ocupación favorita: mañana, pasado mañana, al otro día, saldrá á la misma hora con otro cigarro y otro pedazo de pan. De esta manera tomó el fresco, durante las noches de verano hace diez y siete años. Solo se conoce que existe allí una cosa parecida á hombre, porque el humo del cigarro le hace toser algunas veces. A las diez de la noche cesa y se acuesta. Es un solteron: vive solo. No existe para nadie, ni aun, tal vez, para sí. Para este relojero no hay mas que dos polos en la existencia: el placer y el dolor, representados por la mesa del comedor y el hataud del cementerio. Tiene salud, y no le faltan parroquianos: hé aquí la verdadera felicidad para este artista. La mesa es para él su tábano nupcial, su teatro, su circo, su baño, su biblioteca, su mundo. Dóbase que era la *Catalina* de aquellas ruedas de loza, cuyo movimiento ordena, empezando por la soja y acabando por los postres.—Algunas veces va á los toros—al tendido de sombra—porque su padre, su abuelo y su bisabuelo asistieron á todas las corridas. Esta es la única tradición de familia que conserva.

Enfrente del relojero se distingue un hombre de pequeña estatura, que con la cabeza apoyada en las manos, fija sus pequeños y hinchados ojos en las baldosas del patio. Cualquiera curioso lo calificaria de uno de esos filósofos que viajan de incógnito por el mundo, pero un observador descubriría en las mangas caídas de su levita y en los ojales desrosados de su chaleco, las huellas devastadoras de una escasa cesantía. Es un ex-oficial de Amortización:

en la actualidad es el memorialista de los vecinos. Por su mano pasan las cuentas de la patrona de huéspedes, las cartas de la modista, los programas de los estudiantes, las solicitudes de los pretendientes, las reclamaciones de la planchadora y los folios del baratillero de libros. Ayer comió en la pradera de S. Isidro, hoy come en la fonda del *Caballo blanco*, mañana en el bodega de la calle de la Zarza, pasado mañana en su club, al otro día.... en ninguna parte. Entonces se hace patriota con el valenciano, ó carlista con el baratillero de libros, y despues de aventurar algunas noticias políticas de la mayor importancia—¡adquiridas en el café de Lorencini!—almuerza... á las once de la noche un plato de *bacalao al forno*, ó una sopa de *gazpacho*. El cesante es siempre aficionadísimo.... á todo lo que le presenta sobre manteles. Esta noche comía en el bote del valenciano: busca en los bolsillos del pantalón algunos pedazos de tabaco fumado, y dejando á uno de sus memoriales sin una pequeña parte de papel, se acerca á la puerta del vecino bajo el pretexto de pedir una chispa de fuego para encender el cigarro. El valenciano le da la mano, y haciéndole entrar con la mas franca cordialidad, le lleva hacia la antesata, donde descansa sobre una mesa de pino el sortidor imogitable de Valdepeñas, en compañía de algunos platos con chufas, torrados, roscas de Villarejo, almendras, buñuelos, queso de Villalon y requesón del ba Calandria.

Ruido de pasos acelerados se percibe en la escalera: los que suben gritan y patean. Son oficiales que ensayan en el cuarto tercero *los primeros amores*: la hija de la casa tambien los ensaya con un militar graduado de teniente. Se ensayó del grado: falta para ambos la efectividad de sus pretensiones. Esta actriz aficionada deja á la caída del sol el dedo por el papel de la comedia, y su pañuelo de algodón en la cabeza por una cinta de aguas, avergonzada de encontrarse entre un bouquet de flores de la estación. Representa por compromiso, y asistirá... tambien por compromiso,—son palabras de su mamá, una de esas mugeres, alternativa providencial entre la materia y el espíritu—á una comida de campo en el cuarto molino del canal. Algunas veces propone á la tertulia dos y tres vueltas de wals y diversos juegos de prendas. La mamá presenta siempre la suerte de *soy, tengo y quiero*, y el papá taratea cualquiera wals contemporáneo de la proclamacion de Fernando VII. Es una reunion de confianza: el velon alumbra sobre la mesa al lado de un florero y un pequeño bastidor,—las sillas vienen de las alcobas. En las noches de calor un vaso de agua sirve para toda la tertulia: los de mas confianza beben á la catalana por el mismo botijo. Si hemos de tomar en cuenta las palabras de la mamá, á no ocupar una habitación tan contigua al baratillero, hombre ridiculo y estravagante, no faltaria una persona que tocaba el clarinete, todas las noches, con extraordinaria benevolencia. La niña reprende esta imprudencia de la mamá con una mirada de impetencia flammónica hacia las habilidades de un primo suyo... barbero y comadroit en la calle del Pez.

Son las 9 de la noche: dos sombras que se mueven en la oscuridad con desenvoltura pesan por el corredor dando las buenas noches en alta voz á todos los vecinos que pueden escucharlas.

Duermen por el día y pasean por la noche. Pertenecen á la familia de esos insectos sociales que se reproducen con la inmoraldad como la langosta con el calor. El ventanillo de un cuarto está siempre abierto: los habitantes que lo ocupan son fanáticos por la ventilación. Un ojo avizor descansa con frecuencia detras de la rejilla: aquella mirada toma todas las apariencias de investigador curiosidad. Aquel ojo descubre de una mirada una situación: es un verdadero conserje de oficina pública. Se alegra cuando distingue una capa de buenos embozos y un sombrero ladeado sobre las cejas, se inquieta cuando reconoce un montecristo con picos y un estak de color sobre pobladas mechas, se entusiasma cuando descubre una chaquetilla golpeada de botones de plata y un sombrero gacho con anchos cabos de terciopelo. Algunas veces refleja á la vez estas diversas impresiones y despues de entrar el desconocido en la sala principal y el manolo en el gabinete de confianza, se vuelve el forastero molino y caricontecido, entretanto que en la ventana que cae al patio una hisonomía pícarosa mira de reojo á la vecindad, y dice con voz agri-dulce:

Mas quiero una guantaa
de mi Faustino

que dulces y requiebros
de un lechuguino.
¡Jesus! ¡qué pena!
too es gaban corbala
barba y molena.

El baile del valenciano ha terminado; la planchadora y la modista han apagado sus velones, y el cesante y el baratillero de libros hablan de corredor á corredor sobre los estragos del cólera-muerto. En casa del relojero se escuchan los maullidos de su enorme gato: está cenando. Su cuerpo ocupa dos sillas y un taburete; tiene sobre el pecho un paño de manos por servilleta, y su vista se fija en la más bella perspectiva del mundo: en cuatro platos de asados y ensaladas, y en un rubicundo queso de Flandes.

Todo anuncia la proximidad de la media noche: algunos aguadores duermen alrededor de un colchón prendido á sus bordes como sanguijuelas á una garganta inflamada; la patrona de huéspedes atranca la puerta de su habitación, cogiendo poco á poco los dormitorios de sus inquilinos; y el artesano del cuarto tercero—honrado y laborioso padre de familias—ausente de su muger durante el día, que para él quiere decir ausente del trabajo, descansa tranquilo después de haber cenado una libra de escabeche con un *porron* de Vulpeñas.

Un sepulcral silencio reina en la vecindad. De vez en cuando, como una ráfaga de población, se escucha el estorruendo de una vieja ó el vagido de un recién nacido.

Retirémonos. Un meridiano separa las dos mitades de la casa. Para lo interior es ya media noche, y llegó la hora del sueño y del reposo: para lo exterior es aun media noche y llegó la hora de *las partidas* y de *las soirées*.

Unicamente, por una coincidencia original, se encuentran á la vez dos habitantes del cuarto interior con los demás del cuarto exterior. Un hombre pálido y de pómulos salientes en el semblante y dos mugeres de continente provocativo tropiezan con la calea napolitana aristocrática, ó el rápido tilbury financiero.—El lujo y la fortuna se encaran con el juego y la prostitución.

¡Entrevista providencial en las altas horas de la noche!!!

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Junio—1849.

LA CASA DEL DUENDE Y LAS ROSAS ENCANTADAS.

(Cuento.)

PRIMERA PARTE.

¡Sabrás, y Dios te dé la mayor ventura del mundo, que allá por la parte de Levante, donde cae el reino de Murcia, había en tiempos de antaño un pobre labrador, á quien los malos años redujeron al extremo mas miserable. Tenia por casa una cueva; por alimento (cuando Dios quería) un pedazo de pan de maiz, y siempre larga cosecha de enfermedades y congojas.

Vino un invierno largo y frio con mil plagas y desolaciones: todas las puertas se cerraron; nadie buscaba trabajadores; el pan subia sin tasa, y de laceria y necesidad murió la muger de Pero Antunez, que así nombraban al jornalero. Entonces cerró la puerta desvencijada de su cueva, lió el hato, y salió de su lugar á buscarse la vida, seguido de su hija única, Isabel, niña apenas rayada en los quince años.

Pasaron montes y montes, caminos largos, desiertos donde no hallaban quien los socorriese con una bendita limosna, con un pedazo de pan negro; dormían en los soporales de las ciudades, amaneciendo cubiertos de la escarcha que les enviaba el cierzo crudo de diciembre, ó se albergaban en las hadiondas cuadras de las ventás, condenados desde allí á ver el ancho y ardiente hogar, sin gozar de su calor.

Andando, andando, en una noche de las más turbias y tempestuosas llegaron á Granada. Ciudad tan grande no la habían visto nunca sus ojos, y sintieron, el padre y la hija, involuntario terrar al encontrarse en aquel enmarañado laberinto de calles oscuras, por donde cruzaban de vez en cuando sombras negras con anchos sombreros y largas espadas.

Era día de fiesta, y mas de *las Animas*; las tiendas todas cerradas, y nuestros pobres caminantes no hallaban

á quien preguntar: la lluvia menuda, regular, espesa, caía con esa igualdad que es presagio seguro de su duración, y penetraba hasta los huesos; las calles parecían inlinitas á Isabel y Pero Antunez; el frio entumecía sus miembros revestidos de andrajos; sus pies ensangrentados no podían sufrir las cortantes piedras del asfalto de la calle: solo habían comido un pedazo de pan, y desfallecían.—Siguieron andando hasta dar en una plaza irregular: la atravesaron, guiados por un farolillo lejano, y se hallaron al pie de un santuario y en la embocadura de una costanilla.

La cuesta era larga, tortuosa y empinada; la oscuridad tanta que Pero y su niña tuvieron que agarrarse de la mano para no perderse. Allá lejos se veía una luz ancha y vivizna: nuestros caminantes creyeron de buena fé que era la puerta abierta de un mesón; mas conforme se acercaban iban perdiendo las esperanzas. La luz salía de una reja grande baja, y parecia el rojizo reflejo de una fogata.—«Preguntáremos al menos, decía el padre transido de fatiga, vamos hija mía, que Dios abrirá camino.»

Sin respiración llegaron al par de la ventana, se asomó Pero Antunez y descubrió una sala baja, llenas las altas paredes de cacharros, peroles, alcuizas, botellas y cálices de vidrio de todas formas y colores; por el suelo estaban esparcidos pedazos de mármol, de metales, muchos papeles y algunos libros revueltos con trozos de leña y de carbon. Un horno de tierra roja colocado enfrente de la reja despedía la claridad que había engañado á los caminantes.—«No hay nadie!...» exclamó el pobre padre.

Isabel se sentó bajo el umbral de la puerta y encogiéndose las piernas apoyó en ellas los codos y la frente calenturienta en ambas manos. Pero Antunez, vió al reflejo que se proyectaba en lo exterior, que tenían sobre su izquierda la puerta de hierro de una fortaleza y á sus espaldas un palacio.

Sintióse ruido en la sala baja y se acercó el labriego: por el fondo de la habitación apareció primero una serpiente arastrándose, después un gato montés con los ojos como esmeraldas y luego un hombre de sotana, alto, seco, de cabellos claros y rojos, que traía en sus manos una fuente llena de llamas.

Pero Antunez, quiso dar un grito y no pudo, sentígoose aprisa, diciendo *Jesus!.. Jesus!.. Jesus!..*

El hombre de la fuente encendida con aire gruñon habló dirigiéndose al gato:

—Apártate, diablo, que voy á quemarte: y volvíose al tiempo mismo de manera que enseñó su cabeza leoniscada á usanza de clérigo.

Con el uso de la voz humana y la corona del fantasma calmoso un tanto Antunez, pero el susto no le salía del cuerpo. Su hija empezó á quejarse compasadamente, el jornalero comprendió lo desesperado de su situación y haciendo un esfuerzo dijo:

—Perdone su merced, soy un pobre caminante que he venido con mi niña á buscar trabajo y nos hemos perdido en la ciudad con la mala noche. ¿Me podría decir donde nos recogeríamos?...

Al oír aquella voz lastimera entre la lluvia y en la misma reja, la serpiente que estaba al calor del horno se alzó irritada poniendo en espiral sus ligados anillos, el gato erizó su lomo y el hombre rojo se volvió apresuradamente.

La vivísima lumbre que del horno salía iluminaba de lleno el rostro humilde y abatido de Pero. Quejóse la niña y el jornalero hizo un gesto, como diciendo.—«Esa es mi hija que se muere como su pobre Madre.»—El de adentro se compadeció en extremo.

—Y qué posada habeis de hallar abierta á estas horas? ni cómo la encontrareis si sois forastero?

—Tiene su Merced razon, mas dígame al menos un soporal donde poder libertarnos de la lluvia y del viento.

El de la sotana dudó un momento; luego desueltamente se marchó diciendo:

—Esperadme que voy á guiaros á un mesón.

—Dios se lo pague.

A poco abrió la puerta el hombre alto, seco y rojo, descubrió una linterna y quiso andar; pero tropezó con Isabel que estaba medio recostada en el escalon de mármol.

—Vamos hija de mis entrañas, le decía su padre, levántate!

—¿Cómo ha de andar y seguirnos; si tiene fiebre! Vaya, ayudadme á entrarla y por esta noche la pasareis en mi casa...

(Continuará.)

J. GIMENEZ SERRASO.

Incendio de una pradera.

Los siguientes recuerdos de un colono, pintan con vivos colores el terrible espectáculo del incendio de una pradera. Después de haberme fatigado durante una hora, dice, á través de una dilatada llanura de crecidas y entremezcladas yerbas salvages, llegué á un bosquecillo, y formé con ramas un pequeño cobertizo á la manera de los Indios; y acostándome al lado de una buena lumbre que encendí contra el tronco de un árbol caído no tardé en dormirme. Fui despertado por la violencia de una brisa siempre creciente. El viento solía apaciguarse mugiendo sordamente, para volverse á alzar zumbando y silvando á través de los árboles. Después de haber estado algunos momentos sentado ante el fuego, volví á echarme sobre mi lecho de hojas secas, mas sin conseguir conciliar el sueño. Había algo de siniestro y de extraordinario en el ruido del viento. A veces me parecía oír sonido de voces salvages por todo el terreno cubierto de árboles. En vano intenté cerrar los párpados; apoderose de mí una especie de sentimiento supersticioso;

que cuando no viese á nadie no cesaba de oír ruidos diversos.

Estaba presenciando el terrible espectáculo del incendio de un prado no lejano.

No tardó la ráfaga furiosa en llegar á la pradera incendiada. Millares de resplandores fueron lanzados al espacio, y las chispas de las yerbas inflamadas se arrojaban hasta el cielo cual otros tantos meteoros. Las llamas avanzaron á una gran cantidad de hojas esparcidas, y replegándose hácia adelante, iluminaron los terribles estragos que en pos de sí dejaban, y difundieron á lo lejos una claridad en una inmensa perspectiva del bosque, aun cuando todo lo demás, mas allá del incendio, yaciese en las mas completas tinieblas. El rugido de las llamas, ahogaba hasta los silvidos del viento.

Cada ráfaga que se sucedía lanzaba altas pirámides rojas hácia el oscuro cielo, y sus llamas horizontales parecían, saltando hácia adelante, que alumbraban un nuevo incendio. Sucediéndose sin intermision un salto á otro avanzaban las llamas con la rapidéz de un caballo de carrera. El ruido resonaba como los rugidos de la mar furiosa, y las



tumultuosas olas de aquella llama salvage se agitaba de la propia suerte que si fuera un mar de fuego. En la linea que iban siguiendo, y á alguna distancia de la pradera, había un inmenso soto de encinas cuyas amarillentas hojas no se habían desprendido aun de sus ramas; las oleadas de fuego se reflejaban en ellas rojas y brillantes. Transcurrido un momento se dejó ver lentamente una negra madera en los árboles mas inmediatos, y las llamas, chisporroteando entre sus ramas, se alzaron triunfantes á cien pies de altura por los aires.

El efecto no fué de larga duracion. Instantáneamente quedó destruido por el fuego el soto que cogía muchas yugadas. Volvió á internarse en la pradera, dejando los troncos de los árboles destruidos, quemados y ennegrecidos cual la lieta, y al propio tiempo mostrándose resplandeciente sus ramas con una brillante y ligera claridad carmesí. No de otra suerte, barría, rápido el incendio, todo el paisaje; cada colina parecia encender su propia hoguera funeraria, y el calor sofocante del incendio devoraba los tallos todos de la yerba, hasta en las cabidades. En pos del curso de las llamas, se extendía una sombría nube de humo pardusco, entremezclado de cenizas encendidas, formando muchas veces graciosas columnas, que casi al momento eran dispersadas por el viento impelidas en mil diferentes direcciones.

Durante muchas horas, no decayó el furor de las llamas; el horizonte todo parecia rodeado de un cenidor de fuego. A medida que se dilataba el círculo, disminuían las llamas por grados, y por último aparecía ya un leve hi-

lo de oro al rededor de las colinas. Debían hallarse á la sazón á dos millas de distancia. Finalmente desapareció el resplandor; empero la ligera púrpura que iluminó la atmósfera, durante algunas horas, demostraba que el incendio se iba apoderando cerca de otras regiones.

Me levanté con el sol, y seguí mi viaje. ¡Qué cambio tan inmenso! todo estaba desolado. El sol se habia puesto sobre una pradera cubierta con su bestido natural de follage, y se alzaba para iluminar una escena de debastacion. Ni una sola hoja, ni un tallo solo de yerba existia. El inmenso soto, que al ponerse el sol ostentaba aun sus hojas amarillentas, no presentaba ahora á la vista sino un ancho caos de ramas quemadas y deshojadas; aquello no era otra cosa que un monton de ruinas. Hallábase cubierta la tierra por una ligera capa de ceniza, y muchos corpulentos árboles cuyas secas ramas habian causado el incendio y servido de alimento á las llamas, ardian aun, lanzando al aire prolongados espirales de humo. En todas direcciones, iba mostrando la esterilidad la huella de las llamas. Habian avanzado aun hasta al lado o, oeste del huracan, abrasando hasta las raíces de las mas crecidas yerbas.

El viento continuaba furioso; los carbones inflamados y las cenizas se arremolinaban en nubes sofocantes. Ay! no hallé ni la mas leve huella de mi pobre choza, habia sido completamente destruida!...